
Comentario sobre "Confounding Gender" de Hawkesworth

Joan Wallach Scott

¿Cuál es el objetivo del artículo de Mary Hawkesworth (en este número)? ¿De esta especie de "corregir" amonestando el trabajo de personas que son supuestamente sus aliadas políticas? Dejemos de lado de momento las representaciones equivocadas y las distorsiones que ella produce para promover su "crítica", aunque también son relevantes. ¿Por qué pasar por esas contorsiones, como lo hace, corriendo el riesgo de exponer sus propias limitaciones analíticas con el fin de atacar —en nombre del feminismo— a algunas de las académicas feministas más originales que tenemos? Si el artículo de Mary Hawkesworth fuera una pieza aislada, no valdría la pena hacernos estas preguntas y ni siquiera molestarnos en abordarlo. Pero como es un ejemplo de un tipo de texto académico que es cada vez más notorio en los círculos feministas, creo que su importancia se ha de ponderar. ¿Por qué hay ahora una proliferación de trabajos que tratan de patrullar las fronteras de la investigación feminista en nombre de la "emancipación"? ¿Por qué estos esfuerzos por circunscribir definiciones, prescribir (y proscribir) conclusiones en nombre de la "liberación"? ¿Por qué estas ansias de imponer una forma de disciplina mal concebida en un campo que se enorgullece del rigor de su carácter interdisciplinario?

Siendo optimista, se podría decir que la lucha por la terminología, la estrategia y la teoría no es más que un signo de los dolores de crecimiento cada vez mayores de un campo que está madurando. Y que los textos canónicos se vuelven tales en parte porque son impugnados con vigor. Siendo pesimista, se podría decir que las polémicas violentas son el correlato de la impotencia política, los últimos suspiros de un movimiento cuyos elementos menos radicales están a punto de quedar subsumidos en la corriente principal, mientras que los más radicales son precipitados al olvido. Siendo escéptica, o tal vez siendo materia-

lista (depende de la perspectiva de cada quien), se podría decir que estas "críticas" no son más que los signos de una intensa competencia profesional. La competencia por los escasos puestos y recursos ha vuelto a los aliados políticos enemigos profesionales en el área de los estudios feministas, lo mismo que en otras partes. En la carrera por la prominencia, los y las jóvenes estudiosos tratan de desplegar su inteligencia, no demostrando originalidad de pensamiento, sino encontrando defectos en el trabajo de aquellos y aquellas a los que quieren emular y desplazar.

Pero no creo que ninguna de estas posibilidades pueda explicar plenamente el fenómeno del que el artículo de Hawkesworth sólo es un ejemplo reciente. Pienso en cambio que estos esfuerzos por imponer la limpieza conceptual, acabar con la ambigüedad y depurar las contradicciones son síntomas de la condición paradójica e incurable del feminismo (algo sobre lo que he escrito extensamente en otra parte).¹ La condición de incurable es el efecto de contradicciones en la teoría democrática liberal, que ofrece garantías universales de inclusión pero que sostiene un criterio singular para la inclusión. La diferencia y la multiplicidad no encajan bien en este esquema, si es que encajan en algo. Esta es la fuente del dilema que las mujeres han enfrentado reiteradamente desde las revoluciones democráticas del siglo XVIII: las mujeres han tenido que probar la mismidad con el fin de calificar para la igualdad si quieren satisfacer el criterio singular (de la individualidad masculina) que se mantiene para la inclusión, pero han tenido que argumentar a favor de la igualdad como mujeres, planteando así la cuestión de su diferencia. El dilema de la igualdad *versus* la diferencia no admite resolución. Está construido en el feminismo, el cual a la vez encarna y protesta contra las contradicciones de la teoría política liberal.

El feminismo no es la fuente de sus problemas constitutivos, y aun así muchas y muchos de sus seguidores actúan como si lo fuera. Cometen el error de culpar al feminismo por las contradicciones del liberalismo y, como los que aspiraban a santos en la Edad Media, hacen de la autopurificación una razón de ser de la existencia. Creen que erradicando la contradicción, la complejidad, la ambigüedad y hasta el desacuerdo del interior del movimiento feminista, terminarán también

¹ Véase Scott, 1996.

con la desigualdad, la jerarquía, la injusticia y la discriminación en el mundo. Pero como la contradicción, la complejidad y la ambigüedad son exactamente lo que es necesario abordar, lo único que logran es debilitar su propia causa. Perpetúan los síntomas (y el sistema discursivo que los produjo) que deberían estar analizando.

Esto es lo que sucede con el artículo de Mary Hawkesworth. Pasa rápidamente de un texto a otro, arrasando con la complejidad (como si fuera mugre en el hogar feminista) y sustituyéndola con formulaciones de "o esto o lo otro" aparentemente más pulcras, cuando no se ha propuesto ninguna. Así es como convierte el intento cuidadoso de Judith Butler de analizar las relaciones entre los aspectos sociales y subjetivos del género en una proposición "o esto o aquello". "La versión de Butler hace del género una cuestión demasiado del *self*", afirma. "Privatiza el género sin considerar las fuerzas económicas y políticas que circunscriben la vida de las mujeres" (27 y 28). Para Hawkesworth hay una oposición necesaria entre lo simbólico y lo material, lo abstracto y lo concreto, lo individual y lo social, lo psíquico y lo institucional, lo subjetivo y lo político. No puede captar el hecho de que Butler rechaza esas divisiones binarias. *Gender Trouble* (1990), después de todo, tiene la intención precisamente de *confound* todas estas distinciones aparentemente claras que en realidad no tienen nada de claro, pero cuya falsa claridad es necesaria para apuntalar la "actitud natural" que Hawkesworth quiere refutar con tanta pasión. Desafortunadamente, la "actitud natural" no se puede refutar con la fuerza de la lógica o del repudio. Hay que desnaturalizarla, y para ello se requiere entender cómo opera, no sólo como un sistema lógico abstracto, sino como la ideología que constituye las experiencias subjetivas del género. Para Hawkesworth este tipo de comprensión (como requiere un cierto conocimiento íntimo del "enemigo") es equivalente a la traición.

Hawkesworth reescribe el análisis de Steven Smith (1992) de las operaciones de la distinción sexo/género como un modelo base/superestructura cuando éste no es el caso. Está tan deseosa de erradicar a la biología como un determinante del género que lee las descripciones de Smith de cómo funciona la ideología de género como una aprobación de sus suposiciones. Hawkesworth hace de Smith un defensor de la complementariedad heterosexual y de las pulsiones reproductivas, cuando Smith es un analista de estos deseos. Mientras que Smith los entiende como el *efecto* de una cierta ideología de género, Hawkesworth las toma como las *causas* (o explicaciones) del género.

Es Hawkesworth la que imputa causalidad, no Smith (ni Connell, ni Butler, ni Kessler y McKenna). Y creo que lo hace porque no puede aceptar la idea de que las ideologías pueden tener efectos reales, materiales (“palpables” en términos de Hawkesworth). (“¿Es el género en definitiva una cuestión de creencia más que una estructura de las fuerzas sociales?”, se pregunta [34], separando dos ámbitos que los autores que ella revisa insisten en que no pueden separarse.) La paradoja del lenguaje, tan elocuentemente captada por la discusión de Roland Barthes del discurso histórico (“el hecho nunca tiene ninguna existencia más que la lingüística..., pero todo sucede como si esta existencia lingüística fuera una mera y simple ‘copia’ de otra existencia, situada en un campo extra-estructural, el ‘real’” [1986:138]), es intolerable para ella. De modo que Hawkesworth sustituye la paradoja (que mantiene a los opuestos en tensión irresoluble) con un conjunto de oposiciones binarias. Como en su filosofía los efectos deben tener causas, y como la “realidad” no puede ser un efecto, ella la considera una causa. De ahí se deriva su lectura errónea de estos cinco autores como comprometidos con modelos base/estructura y con el “funcionalismo”. Mientras que los autores tratan los deseos subjetivos, los impulsos reproductivos, las normas heterosexuales de complementariedad y otras similares como *efectos* de las ideologías de género, Hawkesworth las lee totalmente al revés. Como ni siquiera abriga la idea de que las ideologías producen realidades biológicas y psíquicas mientras pretenden reflejar estas realidades, ella no sólo no comprende el verdadero sentido de los libros que reseña, sino que tampoco capta los análisis que hacen sus autores de *cómo* opera el género.

La postura racionalista de Hawkesworth crea la ilusión de que ella ha diseccionado con cuidado la lógica de estos libros y ha encontrado sus fallas. En realidad, impone una falsa lógica sobre ellos. Las distinciones que hace entre el género como una categoría analítica y el género como *explanans* no se sostienen cuando se aplican a estos autores. El trabajo de ellos es preeminentemente analítico; disectan el problema en sus partes y tratan de entender sus interrelaciones. Es Hawkesworth la que reifica el género, no los cinco autores, y es ella la que introduce una medida externa de adecuación para el trabajo que ellos hacen. Esa medida es fundamentalmente anti-intelectual: el trabajo debe estar al servicio de la liberación de las mujeres en los términos que ella la entiende (como un proceso político que refuta o derrumba la “actitud natural”) o es denunciado. O sea que si Butler

(1990) trata de entender cómo las ideologías de género producen “mujeres” e imponen subjetividades normativas, Butler es acusada de perpetuar la “invisibilidad de las mujeres” y de “empantanarlas en la victimización”. Y si Kessler y McKenna (1978) quieren explorar el funcionamiento psicológico del género con el fin de identificar sus efectos sociales y políticos además de personales, se las acusa de renunciar por entero a lo político. “Hay terribles implicaciones en el desplazamiento del género del mundo externo al interno, al ámbito mental”, escribe Hawkesworth, como si el género no pudiera existir en ambos terrenos a la vez (41). Si Smith (1992) muestra que el género produce experiencias de la sexualidad que se sienten subjetivamente y que se atribuyen a la biología, es vilipendiado como un determinista biológico puesto que cualquier reconocimiento a la biología es, dice Hawkesworth, “un terreno imposible para las versiones feministas del género” (21). Pero reconocer el poder del pensamiento biológico no es atribuir el género a la biología, así como reconocer el poder de la ideología capitalista tampoco es aceptar la idea de que el mercado es una fuerza natural ni negar la necesidad del socialismo. Al pobre Robert Connell (1978) lo acusa de albergar “presunciones heterosexistas” porque analiza las poderosas maneras en que el ímpetu de reproducirse se convierte en la base de un sistema de género que toma como su norma la heterosexualidad y sus placeres. En cierta manera, en la consideración de Hawkesworth incluso mencionar estas cosas significa aceptarlas; y mencionarlas, por lo tanto, es malo para el feminismo.

Hawkesworth asume la posición del razonador lógico con la finalidad de promover proposiciones que son anacrónicas y contraproducentes. Son anacrónicas porque las feministas de la línea teórica que sea están más allá del rechazo a tomar en serio ideas, ideologías y prácticas que no les gustan. Ya no va a funcionar la denuncia de la falsa conciencia de las mujeres antifeministas o no feministas; necesitamos saber cómo piensan, cómo y en qué términos y con qué conflictos experimentan su feminidad. Las proposiciones de Hawkesworth son contraproducentes porque descartan por antifeministas teorías que podrían tener algún uso, pero que a ella no le gustan. En vez de involucrarse en un debate serio sobre los análisis muy diferentes de la ideología de género contenidos en los cuatro libros que reseña, hace de los cuatro un amasijo y rechaza sus términos en nombre del feminismo. Pero ¿quién es ella para hacerlo?

Si el feminismo quiere mantener su fuerza crítica, si quiere desafiar y alterar el funcionamiento de jerarquías poderosas diseñadas para mantener a las mujeres "en su lugar", entonces se debe permitir contemplar sus paradojas y las ambigüedades de su existencia. Esta contemplación implica analizar, no sólo las condiciones de existencia (psíquicas además de sociales) que producen desigualdades de poder, sino también las condiciones discursivas que producen el feminismo. Ambas están obviamente interrelacionadas, pero no como estímulo y respuesta. El feminismo no es una respuesta inevitable a la discriminación contra las mujeres. Al feminismo lo hacen posible teorías de la igualdad y la justicia que son también, a veces, la fuente de la desigualdad y la injusticia. El feminismo existe a causa de estas contradicciones y como una contradicción en sociedades que se representan a sí mismas como democráticas. No hay manera de depurar esta contradicción del feminismo, como tampoco es posible deshacerse de la contradicción en la teorización de las feministas.

Deberíamos estar debatiendo temas, no conduciendo campañas de pureza. Y espero que en próximos número, *Signs* aliente debates amplios y serios de diversos puntos de vista teóricos: no en interés de promover la idea de que "todo se vale" en la teoría feminista, sino en interés de la impureza, la no conformidad y la rebeldía, rasgos que han hecho posibles las contribuciones más originales del feminismo y sus hallazgos más importantes.

Referencias

- Barthes, Roland, 1986, "The Discourse of History", en su *The Rustle of Language*, traducción del francés de Richard Howard, Nueva York, Hill & Wang.
- Butler, Judith, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge.
- Connell, R.W., 1987, *Gender and Power*, Stanford, Calif., Stanford University Press.
- Kessler, Suzanne y Wendy McKenna, 1978, *Gender: An Ethnomethodological Approach*, Nueva York, Wiley.
- Scott, Joan Wallach, 1996, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Smith, Steven G., 1992, *Gender Thinking*, Filadelfia, Temple University Press.